

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 17 de Julio de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 29

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodriguez.
Per números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



INOCENCIA

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por J. G. M.—*¡Piii!... ¡PiiiPiii!...*, por Vicente Colodrado.—*D. Juan de Dios de la Rada y Delgado*.—*El sueño*, por el Dr. U. B.—*Colón: Fragmento de un poema*, por Vicente W. Querol.—*Goethe*, por F. Rodríguez Besteiro.—*Marina*, por Javier Luceño.—*Un soldado más*, por M. Corral Caballé.—*Contra el egocismo*, por Miguel Antonio Caro.—*Centenario de Colón*, por Malatesta.—*Amorcitos*, por José Juan Cadenas.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

GRABADOS: Monasterio de San Lorenzo del Escorial.—Una escena de la Edad Media.—La primera carta.

FOTOGRAFADOS: Inocencia.—D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

CRÓNICA



ON motivo de una cuestión personal que ha tenido, afortunadamente, satisfactorio desenlace, la prensa y las gentes se han ocupado estos días en filosofar acerca del duelo.

Ha habido opiniones para todos los gustos: quién le ha llamado «bárbaro residuo de la Edad Media»; quién, sacando el Código á plaza, ha declarado impotente á la ley para contener las costumbres; otros le han anatematizado en nombre de los sentimientos cristianos, y los más, echándose de escépticos, se han reído á mandíbula batiente de los llamados lances de honor.

Lo cierto es que los desafíos se repiten con frecuencia á pesar de tales lamentaciones, á pesar del Código penal y á pesar de los tan decantados sentimientos católicos de la sociedad española.

¿Por qué?

No porque las causas que generalmente les motivan afecten á la honra; no porque los adversarios se odien hasta el extremo de querer matarse uno á otro, nada de eso; los desafíos subsisten por la sencilla razón de que en la inmensa mayoría de los casos se buscan y se aceptan por cálculo, porque sirven para adquirir nombre, fama, celebridad y una posición social ó política cualquiera.

El día en que nuestros industriales caigan en la cuenta de que el duelo es un reclamo eficaz y seguro para hacer negocio, hemos de leer en la prensa sueltos por este estilo:

«Ayer se batió á pistola el acreditado comerciante de sedas Sr. N. N., sin que por fortuna hubiera desgracia que lamentar.

»Desde el campo del honor se dirigió á su almacén con objeto de desembalar unos fardos que ha recibido del extranjero, y cuyas novedades pondrá á la venta en la próxima semana.»

¡Qué gomoso, qué dama de *sic* dejarán de ir á hacer gasto á esos almacenes del héroe del día!

* *

Al fin ha terminado la leyenda de Ravachol. Asombra leer en los periódicos franceses las innumerables precauciones que han tomado el Gobierno y las Autoridades para guillotinar á un hombre.

Viaje misterioso del verdugo.

Altercados y protestas por la elección del sitio donde había de levantarse la guillotina.

Todo un ejército ocupando militarmente los alrededores del patíbulo.

Redobles de tambores para ahogar la voz del reo.

Los actores y espectadores de esta tragedia lúgubre, pálidos por el miedo.

El ejecutor de la justicia pidiendo un piquete de soldados que le acompañe hasta París....

Y es muy posible que todavía no las tengan todas consigo y esperen de un momento á otro que el alma de Ravachol vuelva del otro mundo y lleve á cabo una terrible venganza.

Pero, ¡qué mayor venganza que el pánico que ha dejado tras de sí en esas almas pusilánimes!

Sus imaginaciones están llenas de fantasmas de anarquistas; en sus oídos resuenan constantemente explosiones de dinamita; en todas partes ven peligros, y ni en el sueño encuentran reposo.

* *

No es menos extraño lo ocurrido en la Cour d'Assises en el proceso de Mad. Raymond.

Esta amante y sensible esposa, habiendo sorprendido las pruebas de que su marido la engañaba con una antigua amiga suya de colegio, se echó al bolsillo un revólver, se fué á casa de su rival, sorprendió á los amantes en *infraganti* colloquio, y ¡pim! ¡pam! ¡pum!... soltó cinco tiros á la amigueta, y luego la cosió á puñaladas.

El Jurado ha pronunciado el veredicto de inculpabilidad, el Tribunal dictó la absolución y el público que llenaba la sala aplaudió con entusiasmo.

En un país donde existe el divorcio, delitos como el de Mad. Raymond no tienen disculpa ni atenuación ninguna; pues aun suponiendo, como afirmó la procesada, que á tal acto la condujo la idea de no perder á su esposo, ese cadáver le ha separado para siempre; y los Tribunales, al absolver semejantes crímenes, alientan los odios y las pasiones que han de inmolar nuevas víctimas en lo futuro.

* *

El Alcalde de Madrid ha publicado un bando sanitario, que si se cumpliera en todas sus partes, estaríamos como en la gloria.

El Sr. Bosch está convencido de que «la falta de limpieza, la aglomeración de personas en las viviendas y la mala calidad de los alimentos, son las causas que influyen de una manera más directa en la higiene pública»; é inspirándose en estas redentoras ideas, dicta varias disposiciones.... que jamás llegarán á cumplirse.

Calles hay en la villa y Corte por donde nunca parece haber pasado la escoba municipal; esquinas y travesías en las que los transeúntes depositan todo lo que les molesta, convirtiéndolas en un montón de inmundicia; nada más común que leer en los periódicos un día sí y otro no, estas ó parecidas quejas del vecindario.

Y cuando en la vía pública no se remedian tales abusos, ¿cómo evitarlos en los domicilios particulares?

¡Ecco il problema!

J. G. M.

¡Piii!... ¡PiiiPiii!...

I



MI madre me sintió rebullir, dió cuatro picotazos al cascarón y por vez primera asomé la desnuda cabeza sobre las briznas del nido.

Poco á poco fuí distinguiendo los objetos: estábamos en la rama más alta de un nogal, rodeados de grandes hojas verdes, frescas, transparentes y olorosas; el viento nos columpiaba con suavidad á la vez que, agitando el ramaje, aquí abría caprichosas ojivas doradas por los rayos del sol, allí esbeltos ajimeces que azulaban el cielo, y abajo, abajo, multitud de ventanucas, al través de las cuales se distinguía el color bronceado de la tierra ó las fugitivas aguas del río.

—¿Piii?... ¿piii?... ¿piii?...—cantaba mi madre.

Que es como si dijéramos:

—¿Ves?... ¿ves?... ¿ves?...

Y yo, que aun no sabía cantar correctamente y con propiedad el habla del jilguero, exclamaba:

—¡Piii!... ¡piii!... ¡piii!...

Con lo que daba á entender, á mi manera, que, en efecto, todo lo que veía era hermoso: el sol, el cielo, las plantas, la tierra y las movibles ondas del río; si (*¡piii!...*), la vida me pareció encantadora (*¡piii!...*).

De allí á poco vino mi padre, y al verme se le cayó una guinda que traía en el pico; tal fué su sorpresa y tanto su contento.

—¿Conque ya tenemos cría?

—¡Piii!...

—¡Valiente mozo!

—¡Piii!...

¡Qué batir de alas! ¡Qué gorjear! ¡Qué saltar de una á otra rama! ¡Qué modo de abrir la cola y hacer la rueda en torno del nido!

Después, en menos de un minuto, mi padre se sumergió en las verdes hojas del nogal y volvió á aparecer con la guinda en el pico.

—¡Ea! ¡celebremos la bienvenida!

¡Con qué estremecimiento de placer despertó en mí el sentido del gusto! El jugo dulce, ácido y aromático de la guinda me embriagó, y me solté á cantar como si me hubieran dado cuerda, pero al llegar la noche me entró tal miedo y tristeza que pensé morir.

—¿Se ha acabado ya todo?—pregunté á mi madre.

Y ella me respondió:

—Para dormir no hace faltaluz; mañana se encenderá de nuevo.

Como hacía fresco, ma acurruqué en el fondo del nido, y bajo las alas maternas dormí toda la noche de un tirón.

¡Nunca olvidaré la llegada de la aurora! Es el

espectáculo más grandioso que he visto, la escena más sublime que he presenciado.

Del seno de las sombras, en las que todo parece borrado y muerto, surgen, primero masas inmóviles que amedrentan; luego ruidos sordos y breves, líneas confusas, movimientos apenas perceptibles.... hasta que al fin, incendiada la parte oriental del firmamento, cada objeto renace con su color y forma propios, el ánimo se ensancha, la voz se escapa del pecho, y por todas partes se escucha el himno de la vida.

Aquel *fiat* me produjo una impresión más grata y honda que el zumo de la guinda y, lleno de entusiasmo, prorrumpí:

—¡Pri, pri, priii!...

En aquel momento se unieron á mi canto infantil los balbucientes gritos de otros dos hermanos que, sobre los bordes del nido, alargaban las temblorosas cabezas, desnudas como la mía, con sus piquitos de oro entreabiertos y sus ojos fijos y brillantes: eran dos jilgueros hembras que completaban la cría y que vinieron á colmar de júbilo el corazón de mis padres.

¡Siempre recordaré aquellos dichosos días pasados en familia y al amor del nido!... ¡Qué venturosos fueron!... Hasta que asomaron en nuestra piel los primeros cañones, mi padre atendió al sustento de todos, trayéndonos los bocados más exquisitos; pero así que las plumas comenzaron á abrigar nuestros cuerpos, mi madre le relevó en esta tarea y él dormía, ó bien, desplegando las alas, remontaba el vuelo hasta perderse en el horizonte.

Un día se marchó.... y no le volvimos á ver.

—¿Piii?... ¿piii?... ¿Y papá?... ¿dónde está papá? Mi madre, cantando como el que llora, exclamó:

—Soy viuda: el cazador ha matado á mi esposo: ¡pobres hijos míos, ya no tenéis padre!

A pesar de su dolor, no se olvidaba de nosotros: tan luego como nuestras alas tuvieron pluma, nos enseñó á volar; yo era más torpe que mis dos hermanas, las cuales aprendieron bien pronto á sostenerse en el aire, avanzando en el espacio con serena gentileza; en cuanto á mí, en vez de volar saltaba, cayéndome á cada brinco, dándome de cabezadas por las ramas, que me hacían unos chichones muy grandes, tan grandes como granitos de arena.

Cierta mañana que me hallaba dando mi lección de vuelo, mientras mi madre con el pico y la actitud me decía cómo había de extender y agitar las alas, erguir la cabeza, recoger la cola y colocar los pies, una piedra que vino por el aire la dió en el pecho, perdió el sentido y cayó á tierra.

Junto al tronco del nogal había tres muchachos, dos chicos y una chica; ellos con piedras en las manos, ella con flores en los cabellos.

Apenas vieron caer á mi madre los dos varones, se abalanzaron á cogerla, disputándose á empujones: el mayor venció al otro fácilmente y se apoderó de su presa cuando ésta volvía á la vida.

El primer *pío* de mi madre fué para nosotros.

—¡Huid!... ¡huid!...

Mis hermanas no tuvieron necesidad de más aviso; á no tenerlas, el miedo las habría dado alas para escapar; pero yo, sin hacer caso de la advertencia ni del peligro en que estaba, descendí hasta la rama más baja, gritando á la infeliz prisionera:

—¡Ven.... ven!...

En tanto que ella decía:

—¡Huye.... huye.... es el cazador!

¡Ay! la terrible palabra me recordó al punto la desaparición de mi padre, y con más angustia que espanto, sin lección alguna, espontáneamente, triné como quien era.

Mis destempladas notas llamaron la atención de la muchacha, la cual, tendiendo hacia mí sus manos, comenzó á gritar:

—¡Un pajarito nuevo! ¡un pajarito nuevo! Sube por él, Paquito.

Paquito se abrazó al árbol; pero antes de que llegara á la mitad del tronco ya me había yo arrojado al suelo, de donde me recogió la muchacha.

—¡Qué bonito! ¡qué bonito!

—¿No hay más pájaros?—preguntó el grandullón.

—No; los otros se han ido—contestó el mediano.

—Pues vámonos.

Y el muy bruto, llevado por una cruel curiosidad, estrujó á mi madre entre sus manazas; ya le habría el pico hasta descoyuntarla las mandíbulas, ya la apretaba las piernas, oyéndose el quebrar de los huesos, ó bien la arrancaba las plumas de la cola y de las alas, prorrumpiendo en grandes risas cada vez que mi madre.... ¡pobre madre mía! se retorció de dolor ó exhalaba un gemido.

La chica, en cuyas manos yo iba, aunque cuidaba de no hacerme daño alguno, no parecía tener mejores sentimientos; pues á mis prolongados ayes y suspiros, á mis lágrimas, á mis gritos de desesperación, saltaba de gozo y decía:

—¡Qué bien canta! ¡qué bien canta!

Mi cariñosa madre, siempre que la posición de su verdugo lo consentía, suspiraba, volviendo á mí los mortecinos ojos:

—¡Te dejaste coger!... ¡Ay, hijo mío, que desgraciado eres!

El zángano que la martirizaba, viéndola desfallecida, la abarcó el pecho entre el índice y el pulgar, apretó los dedos, y mi madre, sin apartar de mí la mirada, abrió el pico, dobló la cabeza y expiró.

¡Ah! ¿pensáis que á aquel bárbaro le enterneció tal muerte?

Después que la hubo arrancado todas las plumas, sacó del bolsillo una hoja de acero, y abriendo el vientre del cadáver, tiró de las entrañas, de las cuales apartó el corazón..... (fueron sus palabras.....) «para comérmelo frito!»

II

¡Piiii!.... ¡piiii!.... ¡pipiiii!....

¡Qué bonita es mi jaula, de alambres blancos y azules!

Aunque el espacio de mi prisión es estrecho, tengo en él agua fresca y limpia para beber y bañarme; dulces cañamones y hojas de lechuga para comer; dos cañitas doradas, desde las que contemplo el dilatado horizonte y sobre las que ejercito mis piernas y mis alas, saltando y volando de una á otra; del centro cuelga un aro, donde de vez en cuando me columpio, soñando en el nogal en que nací. Si mi jaula de alambres blancos y azules es bonita, mi ama, de rubios cabellos y de rosadas mejillas, es buena y hermosa. Ella cuida de que no me falten nunca el agua y los cañamones, me da de todas las golosinas que la regalan, lava la jaula con esmero, cuando hace frío me pone al sol, y si el calor es mucho, me lleva á la habitación más fresca de la casa.

Soy feliz, muy feliz; pero ese maldito gato, con sus ojazos verdes siempre fijos en mí, me espanta; y si además me enseña los largos colmillos y las afiladas uñas, siento vértigos de terror. Pero más, mucho más que el gato, me horripila Antón, el verdugo de mi madre, á quien, á pesar del tiempo transcurrido, aborrezco y odio con mi alma entera de pájaro.

Antón, Paquito y mi ama Teresa son hermanos; tienen papá y mamá; aquél, un señor alto y seco, que no habla nunca; ésta, una señora bajita y gruesa, que siempre se está riendo.

Todos se quieren mucho, parecen felices y son muy buenos; sólo Antón..... ¡no, no es que le tenga manía! es que realmente se goza en hacer daño. Días pasados cogió un ratón, le bañó en petróleo y le prendió fuego; pudo arder la casa y abrasarnos todos; pero, aunque no sucedió tal desgracia, el martirio del pobre animal me erizó las plumas.

¡Y si fuera sólo esto!

Es muy salvaje: horada el cuerpo de las moscas con papeles retorcidos; clava á las golondrinas en la pared y las hace fumar, concluyendo por darlas á comer la brasa; á cuantas mariposas caen en sus manos las atraviesa con alfileres; arroja al gato desde peligrosas alturas; dispara petardos en los oídos de sus hermanos; cose los vestidos de su madre á cualquier mueble; asusta á la criada cuando lleva objetos de loza ó cristal; ata bramanes en los huecos de las puertas para que las gentes se rompan las narices, y á mí..... á mí..... ¡sería el cuento de nunca acabar decir todas las perrerías que hace conmigo!

Pero ¡qué más! ahí está su madre, su bondadosa madre, que la semana anterior cayó enferma y lleva diez días en cama, si uno mal otro peor; la fiebre le ha quitado el conocimiento y delira; un caballero á quien llaman «el doctor» ha venido á verla, ha hecho un gesto de disgusto y ha dicho:

—Es un tumor; sajado á tiempo, no tiene importancia alguna; si se abandona llegará á ser grave.

Todos andan tristes, silenciosos y cabizbajos..... ¡hasta el gato y yo, que dicen somos unos animales!

¿Pero Antón? ¡No hay quien pueda con él. Se burla de su padre, insulta á sus hermanos, golpea á la criada y hace más ruido que un regimiento de artillería.

Únicamente esta mañana le he visto tan impresionado que parecía un imbécil.

Hé aquí lo ocurrido:

El doctor, después de hablar largo rato con el papá de Teresa, echó mano al bolsillo, sacó de él un estuche y del estuche una hoja de finísimo acero; se encaminó en seguida á la cama de la enferma, la descubrió el brazo y cortando en redondo, la extrajo un gran pedazo de su dolorida carne.

—El tumor—dijo.

Ignoro qué significa «el tumor»; pero aquella operación, que Antón curioseaba á escondidas, debió de impresionarle y traerle á la memoria la que él practicó en el cadáver de mi madre, pues al pasar junto á mí me dirigió una mirada muy triste y las lágrimas se atropellaban en sus ojos.

Esta tarde, poco antes del anochecer, ha vuelto el doctor, el cual, rodeado de toda la fami-

lia, ha reconocido de nuevo á la enferma; unos á otros se miraban con ansiedad, no oyéndoseles ni respirar siquiera.

—¿Y bien, doctor?

—Se ha salvado.

El padre, llorando, abrazó á sus hijos; los niños, riendo, se abrazaron al doctor, y cuando todos se fueron acompañándole hasta el descansillo de la escalera, vi á Antón que se dirigía hacia mí de puntillas, sin duda para no hacer ruido, y en voz baja, muy baja, me preguntó:

—¿Me perdonas?

Á lo que yo, loco de alegría, le contesté:

—¡Piiii!..... ¡pipiiii!..... ¡pipiiii!.....

VICENTE COLORADO.



J. de Dios de la Rada y Delgado

DON JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

ABRIMOS las páginas de ESPAÑA Y AMÉRICA insertando en el número de hoy el retrato de este eximio literato y notable hombre público, á quien el Gobierno de S. M. ha confiado, junto con D. Juan Valera, la dirección de la revista oficial *El Centenario*, publicación que ha de dejar muy gratos y excelentes recuerdos para las edades futuras, de las solemnes fiestas internacionales con que va á conmemorarse en España el cuarto Centenario del descubrimiento de América.

El Sr. Rada y Delgado es de los pocos hombres que deben á su mérito personal la envidiable reputación y fama de que goza, tanto en su patria como en las nacionalidades europeas y americanas.

Eminente publicista, ha dado á luz innumerables obras de moral é instrucción, muy leídas entre las clases populares; hombre de ciencia, ha compuesto muchos libros de Historia y de Arqueología en todos sus diversos ramos, tanto de las edades antigua y media de Europa, como de los pueblos orientales y de las civilizaciones americanas.

Su voz elocuente ha ilustrado en diferentes Congresos internacionales de Europa temas importantísimos, ya sobre protohistoria ó bien sobre el origen de pueblos y razas, hoy íntimamente relacionados con nuestra cultura y progreso.

El Sr. Rada dirigió y redactó en gran parte *El Museo Español de Antigüedades*, obra monumental que es la admiración de los hombres doctos; con D. José Amador de los Ríos escribió la *Historia de la villa y corte de Madrid*, y en la actualidad dirige también la *Historia de España*, en la cual colaboran todos los individuos que componen la Real Academia de la Historia.

Que nosotros recordemos en este instante, el Sr. Rada y Delgado es director de la Escuela diplomática; director del Museo Arqueológico Nacional, donde tantas riquezas ha acumulado y tan notables trabajos ha emprendido; es individuo de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando; ha sido no ha mu-

cho Senador del Reino, y cuando el Sr. Sagasta vuelva á ocupar la Presidencia del Gobierno, el Sr. Rada está destinado á ocupar altos é importantes cargos, á los cuales le llaman su elevada inteligencia, su vasta erudición y su infatigable actividad por cuanto con el bien y la gloria de la patria se refiere.

EL SUEÑO



Se ha tratado en varias ocasiones de explicar la suspensión periódica de la actividad de los centros nerviosos superiores por el estado de la circulación cerebral, atribuyendo unos el sueño á la congestión, y otros á la anemia del cerebro. En apoyo de esta última hipótesis puede citarse la soñolencia consecutiva á las grandes pérdidas sanguíneas que los heridos y los operados experimentan y la especie de sueño que Fleming ha logrado producir por la compresión de las carótidas; y es de todos modos indudable que variaciones en la circulación cerebral se ligan íntimamente con los estados de sueño y de vigilia. Pero como estas variaciones exigen una explicación á su vez, no bastan por sí solas á darnos razón del fenómeno.

Otro tanto acontece con la hipótesis de que el sueño depende de una menor absorción de oxígeno, de una *anoxia*, si se permite la palabra. ¿Por qué la cantidad de oxígeno recibida por el cerebro disminuiría en ciertos momentos para aumentar en otros?

No es el sueño el único fenómeno que de una manera regular se presenta en la vida del individuo, y el estudio de otros fenómenos igualmente periódicos, es posible que esclareciese un tanto el problema que nos ocupa. Es ya opinión general que el ritmo respiratorio está regulado por la riqueza de la sangre arterial en oxígeno y en ácido carbónico; cuando la sangre está cargada del primero, el centro nervioso que preside á la respiración suspende su actividad; pero los tejidos van poco á poco gastando ese oxígeno y sustituyéndolo por el ácido carbónico, y la sangre así modificada, excita el centro respiratorio. Un movimiento de respiración se produce entonces; el ácido carbónico se elimina, la provisión de oxígeno se renueva, y vueltas las cosas al estado inicial, repítese una vez más el fenómeno.

El agotamiento de un músculo por el trabajo y el restablecimiento de su actividad por el reposo, son fenómenos cuya comparación con la sensación de fatiga y los efectos reparadores del sueño resultará aún más ventajosa.

Según los trabajos de Ranke, el agotamiento de la excitabilidad muscular se debe á la acumulación de sustancias producidas durante la contracción, ácido láctico principalmente. Si se inyectan estas sustancias en un músculo en reposo, y no cansado, se le imposibilita de funcionar: su excitabilidad se ha agotado. Si se hace que un lavado artificial, ó el natural lavado de la circulación, arrastre estas sustancias, desaparece la fatiga y adquiere de nuevo el músculo la propiedad de contraerse.

Preyer, siguiendo las huellas de otros experimentadores, ha aprovechado esta idea combinándola ingeniosamente con la teoría del sueño por falta de oxígeno, llegando á una concepción análoga á la que Ranke había llegado para los músculos. Según Preyer, el funcionamiento de todos los órganos de origen á sustancias que él llama ponógenas (de *πονος*, fatiga, engendradas por la fatiga), sustancias que se acumulan durante la vigilia y que siendo muy oxidables van cada vez robando en mayor cantidad el oxígeno necesario á entretener la actividad de las glándulas, músculos, cerebro, etc., de tal modo, que los actos psíquicos y los movimientos voluntarios llegan á suspenderse, y el organismo se duerme. Una vez destruidos los cuerpos ponógenos por la oxidación, la más ligera excitación sería suficiente para que, recobrando las células ganglionares su actividad, el sueño desapareciese.

La poca sustancia con que los hechos se han ajustado á las suposiciones teóricas, en numerosos experimentos, ha sido causa del abandono de esta hipótesis, en la que el ácido láctico desempeñaba el principal papel, según las suposiciones de Preyer.

Practicando en el animal vivo y sano las investigaciones hechas por Selmi en el cadáver, Gautier ha conseguido extraer de la carne de los mamíferos una serie de cinco bases orgánicas, no muy diferentes de la creatina y la xantina, y á las cuales ha llamado leucomainas para distinguirlas de los alcaloides cadavéricos ó ptomainas. Ya Pouchet había encontrado estas bases en la orina humana, y el mismo Gautier las había indicado en la saliva, deduciendo que los ani-

males producían normalmente alcaloides, ni más ni menos que los vegetales.

Algunas de las propiedades fisiológicas de las leucomainas han sido estudiadas. El extracto acuoso de la saliva es venenoso ó narcótico para los pájaros, y los alcaloides del jugo muscular se hallan dotados de una acción poderosa sobre los centros nerviosos, produciendo sueño, fatiga y á veces vómitos y efectos purgantes. Trátase, pues, de sustancias soporíferas y fatigantes, tales como la teoría tóxica del sueño podría exigirlos.

Bouchard, comparando las orinas del hombre sano segregadas durante el sueño y las segregadas durante la vigilia, dice: «Las orinas segregadas durante el sueño son francamente convulsivas; las segregadas durante la vigilia son poco ó nada convulsivas, siendo, en cambio, narcóticas, hecho que incita á volver á la teoría tóxica del sueño. Lo cierto es que durante la vigilia fabrica el organismo una sustancia que, acumulada, produciría el sueño, y que durante el sueño elabora una sustancia convulsiva que acumulada podría producir la sacudida muscular y provocar el hecho de despertarse.»

Es un hecho ya vulgarísimo que quema el ser vivo su materia, como el carbón una máquina de vapor, y en una y en otro prodúcense incesantemente residuos, cenizas, ponógenos, que no pueden acumularse sin grave inconveniente. No sólo ocuparían estos residuos el sitio que nuevos elementos utilizables deberían ocupar, sino que obrarían también activamente sobre los fenómenos vitales. Las reacciones y las descomposiciones químicas son las fuentes de donde saca sus fuerzas el organismo; pero estas reacciones dan lugar á productos inútiles, y sabemos por la química que la acumulación de los productos á que dan origen, detiene muchas reacciones. Se concibe, pues, que la máquina animal no pueda continuar funcionando si no se desembaraza de estos residuos de la combustión, para proveerse de nuevo combustible, y así la eliminación de los ponógenos y la reparación orgánica se nos aparece como corolario indispensable del trabajo.

Pero estas consideraciones generales que nos permiten comprender la necesidad del reposo, son insuficientes para explicarnos el mecanismo del sueño, fenómeno que significa algo más que imposibilidad de trabajar, y que es ante todo y sobre todo de orden nervioso. Todo despojo celular, todo cuerpo ponógeno, no es forzosamente soporífero. Es preciso para esto:

- 1.º Que obre ese cuerpo de una manera especial sobre las células nerviosas superiores.
- 2.º Que suspenda temporalmente su actividad.

Conocemos sustancias que producen estos efectos, tales como el éter, el cloroformo, el hidrato de cloral, y singularmente los alcaloides, narcóticos, morfina, narceína, etc.; y si pasamos revista á las sustancias producidas por el organismo, ninguna como las leucomainas satisface las exigencias teóricas.

¿Obrarán las leucomainas directamente sobre las células nerviosas ó indirectamente apoderándose del oxígeno por ser, como la morfina, en alto grado oxidables? La acción directa parece más probable. Nadie supondrá que la morfina produzca el sueño por sustracción de oxígeno, porque un centígramo de una sal de morfina no exige para su completa oxidación más de dos centigramos próximamente de oxígeno, cantidad ochenta veces menor de la que inspiramos en un minuto. La cantidad de leucomainas necesaria á producir el sueño debe ser bien pequeña, atendida la escasez de este cuerpo en el organismo normal, y así resulta difícil atribuir razonablemente su acción á la privación de oxígeno. Otro hecho confirma aún esta manera de ver las cosas, y es que muchos oxidantes (ozono, agua oxigenada) son narcóticos.

Hay, por el contrario, motivos que inducen á creer en una acción directa de las leucomainas sobre el cerebro. Según Rosbach, muchos alcaloides vegetales, la morfina, v. gr., modifican las materias albuminoides, aumentando su coagulabilidad. El precipitado así obtenido, conserva una cierta cantidad del alcaloide, aun después del lavado más prolijo; este precipitado no coagula ya la clara de huevo, de donde es lógico inducir que el alcaloide se ha combinado químicamente con la sustancia albuminoide precipitada. Binz asegura que los soporíferos como la morfina, el cloral, etc., inician en la sustancia gris del cerebro una especie de coagulación que no producen otros cuerpos no soporíferos, y Cl. Bernard opina que la anestesia que el éter ocasiona se debe á un principio de coagulación. En fin, la fatiga muscular no puede atribuirse al acaparamiento del oxígeno por los productos de la contracción, sino á la influencia directa de los ácidos formados, porque el fosfato ácido de sosa, que es inoxidable, fatiga el músculo absolutamente lo mismo que el ácido láctico.

Las leucomainas podrían obrar indirectamente modificando la circulación cerebral; pero tal opinión no se halla de acuerdo con el resultado de los experimentos de Binz. Trepanando el cráneo de un perro y de un conejo, se ha podido observar que la anarcosis completa es muy anterior á la anemia de la corteza cerebral, y así la

anemia parece consecuencia del sueño y no su causa, obedeciendo á esa ley en virtud de la cual disminuye el reflujo de sangre á los órganos cuando éstos se encuentran en reposo.

La influencia, pues, de las sustancias ponógenas en el sueño debe atribuirse á una intoxicación directa.

Una teoría del sueño debe explicar el encadenamiento normal del trabajo, la fatiga y el sueño. Veamos si la nuestra satisface esta condición.

Todo trabajo produce ponógenos, que acumulándose hacen el trabajo imposible: hé aquí la fatiga. A la larga estos ponógenos, y particularmente las leucomainas, intoxican los centros nerviosos, bajo el punto de vista de reducirlos á la inacción: hé aquí el sueño. Tales son los fenómenos reducidos á su expresión más simple; pero una multitud de circunstancias vienen á completar este cuadro.

Ante todo, el organismo lucha contra este envenenamiento que le amenaza: la circulación arrastra los ponógenos, las secreciones los expulsan, parece que el hígado destruye una gran parte; y cuanto mayor es la intensidad del trabajo, tanto más estas funciones se aceleran, precipitan el torrente sanguíneo, la respiración es más frecuente, aumenta la secreción del sudor y de la orina, y estas múltiples depuraciones nos permiten mantenernos un cierto tiempo en actividad, aunque no indefinidamente. ¿Por qué esto último?

Si por un trabajo excesivo algunos de nuestros órganos han gastado los materiales utilizables y están llenos de ponógenos, claro es que estos órganos han perdido su facultad de trabajar; pero en las condiciones ordinarias no llegamos á tal grado de agotamiento, porque la sensación de fatiga es ya invencible antes de que la fatiga física real haya alcanzado estos últimos límites.

Los ponógenos no obran únicamente sobre los órganos que los han producido, sino sobre las extremidades nerviosas que se distribuyen en estos órganos, y sobre los mismos centros nerviosos. A esta triple influencia responden tres significaciones diferentes de la palabra *fatiga*, tales como la fatiga verdadera de las fibras musculares del brazo, por ejemplo, que se mide por la disminución de su excitabilidad: la fatiga subjetiva local que experimentamos en el brazo, y la sensación general de fatiga que se traduce por el deseo de dormir. Después de haber levantado un gran peso podemos experimentar una gran fatiga en el brazo sin que sintamos deseos de dormir; y por el contrario, podemos hallarnos rendidos de sueño, sin sentir fatiga local alguna considerable. De estas dos sensaciones, la una es periférica y la otra central. Estudiaremos la segunda.

La actividad cerebral está ligada á reacciones químicas, á verdaderas descargas que se producen en el protoplasma de las células grises, sustancia por decirlo así, eminentemente explosible, y sabemos que entre los ponógenos producidos por los distintos órganos que trabajan, hay compuestos narcóticos comparables á los alcaloides. Parece que estos cuerpos tienen peculiar afinidad para con las células nerviosas corticales, y de cualquier modo que sea, ello es que la modifican y se fijan en ellas más ó menos enérgicamente. Su eliminación por los emunctorios, no será, pues, sino parcial, y mientras una parte es destruída por la oxidación y otra acompaña á las secreciones, una tercera será retenida en el cerebro.

Se concibe que así modificados los centros nerviosos, será cada vez más difícil su función explosiva, y serán necesarias excitaciones cada vez más enérgicas para sostener el estado de vigilia, hasta llegar, en fin, á un momento en que las excitaciones ordinarias no bastarán á provocar la explosión del protoplasma cerebral y el sueño se apoderará de nosotros. Las células del organismo se duermen una á una, como mueren una á una, siguiendo su orden estrictamente jerárquico.

Si la acumulación de una cierta cantidad de leucomainas produce el sueño, el despertar debe ser producido por la desaparición de este principio. Esta desaparición debe ser debida á la oxidación lenta de que serán objeto, oxidación que destruyendo sus afinidades por las células nerviosas, las pone ya en condiciones de ser arrastradas por la circulación. Esta destrucción de las leucomainas no debe verificarse únicamente durante el estado de reposo, sino aun durante la vigilia; pero que en este último estado la destrucción no equipara ni compensa á la producción que los órganos trabajando realizan, y de ahí que la acumulación se efectúe. En el estado de vigilia la actividad de los órganos engendra de continuo nuevas cantidades, mientras que en el sueño, si no es nula la producción, está extraordinariamente reducida por el reposo de los músculos, la menor frecuencia de la respiración, la disminución de muchas secreciones, etc.

No consiste el sueño únicamente en la eliminación de los ponógenos, sino también en la reparación orgánica. Una vez que las leucomainas han invadido y paralizado el cerebro, todo el organismo se sustrae á la tiranía del cerebro y

puede tranquilamente rehacerse por medio de una íntima nutrición. Así se explica que el individuo se despierte de un largo sueño, no sólo sin fatiga, sino armado de nuevas fuerzas para una actividad nueva. Quien duerme, come.

En la vida normal no experimentamos fatiga durante la mayor parte del día, porque el protoplasma cerebral resiste á los ponógenos por su actividad misma, y únicamente hacia la noche, cuando la armada, digámoslo así, de ponógenos se ha ido reforzando, los centros nerviosos comienzan á sentirse débiles. Las excitaciones fuertes y variadas, retardan la producción del sueño, y favorecenla, en cambio, la tranquilidad, la inacción, la monotonía. La fatiga, pues, nos aparece como un conflicto entre la actividad del protoplasma y la invasión de los residuos de su funcionamiento, y el sueño es la victoria temporal de estos residuos sobre el protoplasma.

Mecece ser mencionada una observación de Brener; nosotros nos dormimos frecuentemente pasando por oscilaciones de conciencia y de inconsciencia más ó menos marcadas. El hecho parece ser fácilmente explicable en nuestra teoría. En el momento preciso en que perdemos la conciencia de lo que nos rodea, la más pequeña lentitud en el reflujo de las leucomainas podrá permitir al protoplasma desembarazarse de la cantidad suficiente de narcótico para que la conciencia reaparezca; pero el reflujo continúa y la conciencia desaparece de nuevo, y así sucesivamente hasta que el estado de sueño queda definitivamente establecido.

Todo exceso de trabajo del organismo, debe dar origen á la fatiga y hacer más viva la necesidad de dormir, y así efectivamente acontece á las mujeres durante su embarazo, y á los niños en el periodo de máximo crecimiento.

Las emociones fuertes deben producir gran cantidad de residuos orgánicos, como un trabajo muscular prolongado, ó un considerable esfuerzo intelectual. Un gran dolor ó una gran alegría, pueden agotar el organismo del mismo modo que un trabajo penoso. ¿Arrastrarán acaso las lágrimas compuestos perjudiciales y fatigantes que el miedo ó el dolor hayan engendrado en los tejidos?

Es posible que un día se descubran alcaloides antidotos de las leucomainas, como la atropina lo es de la pilocarpina, por ejemplo. El café que excita el cerebro, el *coco* que permite vivir varios días sin experimentar necesidad alguna de comer ni de beber, quizás pertenezcan á este número. Apresurémonos á advertir que si un producto farmacéutico eliminase artificialmente la fatiga, no procurará al mismo tiempo la restauración de las pérdidas orgánicas; y que bajo ambos puntos de vista no podrá suplir en modo alguno al efecto reparador de un buen sueño.

Dr. U. B.

COLÓN

FRAGMENTO DE UN POEMA (1)

I

Clara noche del trópico, que alumbran
con fulgor desigual miles de estrellas,
como diamantes al azar sembrados
del hondo espacio en la extensión inmensa;
tibia noche del trópico dormida,
que entre los brazos del silencio sueña,
y cuya frente pálida humedecen
los tardos soplos de las brisas, mientras
que en la incandescente Creación divina
con el misterio del amor engendra
nuevos astros de luz sobre los cielos
y sobre el ancho mar las islas nuevas.

II

En noche tal, inmóviles, sombrías,
sin que palpiten en las altas vergas
de áspero lino las pegadas lonas,
ni el viento gima en las tendidas cuerdas,
sin que del agua en el vaivén callado
su negro casco oscile, y que las trémulas
luces del cielo en danza misteriosa
entre los rectos mástiles se muevan;
y sin que á impulsos del timón, las quillas
el fácil surco entre las moles negras
del mar ahonden, solitarias se alzan
sobre el ponto sin fin tres carabelas.

III

¿Quiénes son? ¿Dónde van? Sesenta veces
cruzó ya el sol por su perpetua senda,
y en rumbo igual las ignoradas naves
miró avanzando al occidente vueltas.
Las olas á las olas preguntaban
su designio insensato. Sus cabezas
los monstruos de aquel piélago irascible
alzaban por mirarlas. Las tormentas

(1) Este fragmento es lo único que escribió el insigne autor de las *Rimas* del poema que quería dedicar al descubridor de América. Hallóse entre sus papeles después de su muerte, y será incluido en la nueva edición de sus poesías, que está ahora en prensa.

les vedaban el paso. Su agorero grito el alción lanzaba entre las velas, y hasta el viento, negándoles su ayuda, plegó en calma sus alas siempre abiertas.

IV

Nada bastó. Las vigorosas quillas dejando en pos desvanecida estela, fueron y fueron siempre hacia el lejano punto en que el sol tras las confusas nieblas de ocaso el disco engrandecido esconde; y hoy por primera vez, como si muerta la fe en su intento, el corazón cobarde de sus nautas dudase y la alta empresa miraran ya imposible aquellas naves detuviéronse inmóviles, sus antenas sin velamen, sin luces en las proas, y el timón suelto á la corriente incierta.

V

Clara noche del trópico tranquila... todo duerme en los cielos y en la tierra: solo allá, en el mayor de los tres buques, de pie sobre la proa un hombre vela; alto, fornido, los nervudos brazos cruzados sobre el pecho; en la serena frente desnuda la claror dudosa que baña sus guedejas cenicientas, forma un nimbo de gloria, en la mirada limpia y azul las lumbres centellean del encendido espíritu, y sus labios trémulos hablan con las sombras densas.

VI

Nunca, no, nunca los humanos ojos con ansiedad igual en las tinieblas claváronse tenaces, preguntando su secreto al abismo, como aquella noche los ojos del marino el fondo negro del cielo adivinar quisieran. Nunca, no, nunca en el cerebro humano el miedo y la esperanza tan violenta lucha trabaron, cual la horrenda fiebre que de aquel nauta en la razón incierta locas visiones pavorosas finge ó alegres mundos luminosos crea.

VII

Imagen es su espíritu del caos cuando aguardaba en la penumbra eterna que á la voz del Señor se separaran las aguas de las aguas, y que entre ellas surgieran los poblados continentes, con anchos ríos y aromosas selvas; cuando el curso en los cielos á la luna marcó, y al sol, y en límites de arena, los procelosos mares encerrando, dijo á las pardas olas:—Vuestra fuerza vana romped en las tendidas playas, que siempre en torno encontrareis risueñas.

VIII

Y él fué también, como las ciegas olas, tras la ofrecida costa, que se aleja siempre ante sus miradas, como un sueño fugaz que nace de su mente enferma. La frontera final de la esperanza, su quilla audaz atravesó, y desiertas miró siempre las aguas. La agonía del no logrado afán, la duda acerba de su oscuro destino; el temor vago de su propia locura, y la certeza casi de su deshonra, á un tiempo mismo, destrozan su alma, entre sus garras presa.

IX

Nadie al azar de la voluble suerte tanta fortuna aventuró. Si encuentra la prometida playa, mientras dure la máquina del mundo, la grandeza dirá de aquél que el pavoroso arcano descifró del abismo, y que las puertas rompió de lo invisible; y si sucumbe, si á Europa vuelve sin traer siquiera un puñado de polvo de otros mundos ignorados del hombre, con su afrenta igualará la del Titán que ruge vencido al pie del cavernoso Etna.

X

Tibia noche del trópico apacible, ¡cuánto tus horas se deslizan lentas para el que aguarda al despuntar la aurora de honra ó de oprobio la inmortal sentencia! Si el primer rayo del viniente día solo en el mar sus cambiantes quiebra, rumbo al Oriente las vencidas naves irán, pero irán solas. Quien rigiéndolas juró arrancar en desigual combate al viejo mar sus islas prisioneras, juró que el mar, si vencedor lo impide, tumba será del humillado atleta.

XI

Por eso en pie sobre la inmóvil prora insomne aguarda. ¡Oh Dios! en la existencia del hombre hay siempre pavoroso un día, en que el enigma de su vida entera se formula y descifra. Igual entonces á quien venciendo la empinada cuesta la cumbre alcanza y con pasmados ojos las dos vertientes á la par sondea, así el mortal desde la estéril cima de su oscuro destino en las opuestas faldas del monte el porvenir obscuro y al par el bien que abandonó, contempla.

XII

Y así del nauta en la angustiosa noche de su dolor, cuando devoto ruega que aparte Dios de sus marchitos labios aquel amargo cáliz, turbulentas su mente asaltan las memorias todas de los pasados años. La primera vez que en la barca de su padre, á impulsos del viento el golfo atravesó de Génova, y oír creyó, tras de las verdes olas, con profético canto á las sirenas hablar de ignotos reinos que guardaban celoso el mar y las tormentas fieras;

XIII

La narración del navegante anciano que tras larga borrasca, á las postreras luces dudosas de la tarde, un día creyó entrever las playas cenicientas de una tierra ignorada; las contrarias hipótesis del mundo en las escuelas bulliciosas de Italia, dividiendo los jóvenes espíritus; en enérgica ansia de gloria, y las febriles noches en que tenaz investigó el problema del mundo y vió sobre los firmes polos rodar perdida en el azul la esfera;

XIV

Las tardes que en las costas lusitanas, devorando el dolor de su impotencia, vió el Atlántico mar inexplorado, que, rugiendo á sus pies con la secreta voz de un amigo fiel le revelaba su guardado tesoro; las quiméricas regiones que en las nubes del ocaso fingió su fantasía, y las violentas ansias de su alma al contemplar las naves que surcaban el piélago, en ajena mano el timón, y desdeñando el rumbo que él les trazara audaz, si suyas fueran;

XV

Todo, en informe torbellino, invade su agitado cerebro, y su severa curtida faz dos lágrimas amargas surcan, dejando inextinguible huella. Joven en gala de sus rizos blondos trocó en ceniza al fuego de la idea; pobre, soñó en imperios, que guardaban los montes de oro y golfos de las perlas; humilde, á los monarcas victoriosos habló de igual á igual, que él de su regia potestad sobre zonas ignoradas, sentía el cetro en su cerrada diestra.

XVI

Él era aquel que golpeó sediento las puertas del convento de Marchena, como hoy las mudas puertas del destino con sed de gloria y con afán golpea; él era aquel que, apellidado el loco, osó retar la salmantina ciencia, sus caducos errores destruyendo con la inspirada voz de los profetas, y él era aquel que en la morisca Alhambra juró traerle á su adorada reina, por cada joya que ofreció Castilla, de un nuevo imperio la inmortal diadema.

XVII

Clara noche del trópico dormida: ya de la mar sobre las aguas tersas el primer soplo matinal pasaba sus quietos llanos conmoviendo apenas; ya el horizonte obscuro trasponía para ocultarse el grupo de las Pléyadas, y ya en Oriente el resplandor dudoso del alba que llegaba...

† VICENTE W. QUEROL.

GOETHE

Ensayos críticos, por U. González Serrano; segunda edición, con un prólogo de D. Leopoldo Alas (Clarín).—Madrid, 1892.



NIENEN los grandes ingenios el privilegio de ser estudiados por los hombres de más opuestas doctrinas; de que sus obras sean juzgadas bajo los aspectos más diversos y en las naciones más apartadas. Talentos soberanos cuya presencia sobre la tierra es siempre precursora, ya en su época, ya andando el tiempo, de transformaciones en la manera de ser de las sociedades. Hombres que llevan en el cerebro la savia de todo su siglo, y son ciudadanos del mundo.

Tal es el autor del *Fausto*. Bastarían á formar una numerosa biblioteca los escritos publicados acerca de Goethe en Alemania, Inglaterra y Francia. Aun en España, á pesar de lo poco que se estudia y lo menos que se han estudiado las letras extranjeras, pudiéramos citar alguna obra cuyo asunto lo forma exclusivamente el genio de Weimar.

Este aislamiento y esta falta de comunicación espiritual en que vivimos perpétuamente, perjudica en alto grado la cultura patria, como dice muy acertadamente el docto prologuista de *Goethe*. Y la propensión sistemática de nuestra crítica á no hacerse eco del movimiento literario del mundo, como sucede en Francia, por ejemplo, reconoce por causa la inveterada costumbre de nuestros eruditos á esparcirse, cuando más, en cuestiones puramente de curiosidad, de detalle; nunca ó casi nunca al estudio serio de un escritor, penetrando en su espíritu y en el de la sociedad que lo produjo.

Pero por fortuna nuestra hay todavía hombres animosos que, como el Sr. González Serrano, se consagran por entero á trabajos profundos, que quedan y que hablan muy alto de la cultura de una nación. Tal es el libro que sirve de asunto á este artículo, acabado estudio de Goethe y de su época.

Bien á las claras se echa de ver que el señor González Serrano ha estudiado con detenimiento á Goethe al través de su vida, de tal manera, que su espíritu está identificado de todo en todo con el glorioso autor del *Fausto*. Y lo ha estudiado como crítico sagaz y como artista, siguiendo paso á paso la formación de su genio y las influencias del medio en que sucesivamente vivió el gran poeta «que libró el combate por la gloria, á semejanza del héroe griego, armado de todas armas.»

El ardiente deseo de sabiduría que desde su primera juventud mostró Goethe; cómo para alcanzarla sacrificó afectos y pasiones, todo lo que entorpecer pudiera la realización de su propósito; cómo subordinaba siempre á la vida del arte su educación intelectual, cosas son que el señor González Serrano ha descrito hermosamente con la maestría de un psicólogo y de un crítico consumado.

Para conocer bien las obras de Goethe, dice el joven y ya sabio catedrático de San Isidro, es preciso estudiar su vida teniendo siempre presente el elemento poético que las informa, de modo que no son jamás reproducción exacta de la vida del poeta, y como dice Bossert, á quien el Sr. Serrano cita, en Goethe son inseparables la vida y el escritor, porque es un poeta eminentemente personal. Así, Werther es toda su juventud; «la explosión de las más ardientes pasiones, la sublimidad de los afectos, las contrariedades de la existencia, un espíritu que se desborda, un pensamiento que se diluye y pierde en las brumas de la vida.»

Después de hablar extensamente de la educación filosófica y literaria de Goethe, en presencia de todo cuanto de más notable se ha publicado en Alemania y Francia; de su creciente actividad y continuo progreso de sus conocimientos, que no cesaron un momento de extenderse en todos los ramos del humano saber, trata González Serrano de la corte de Weimar, la Atenas de Alemania durante el siglo XVIII, retiro en aquel tiempo de los talentos de la época. A la sombra protectora de un espléndido Mecenas, despliega Goethe su actividad prodigiosa, que se agranda á medida que es mayor la extensión de sus obligaciones. Dice de la personalidad de Goethe á este propósito el crítico francés Henry Blaze «que parece un cerebro que piensa y obra un conjunto, sacrificando por completo al alma que tiene el don divino del pensamiento.» Desarrolla en este tiempo todas las inclinaciones, viaja y mantiene correspondencia con naturalistas, médicos, filósofos y artistas; con Merck, Lavater, Sommaring, Schiller y Mad. Stein.

Concienzudo es el capítulo del libro del señor González Serrano en que examina la influencia de los viajes de Goethe en su vida y en sus obras, deteniéndose muy particularmente en el viaje á Italia, que representa para Goethe el tránsito progresivo de la juventud á la madurez.

Las páginas destinadas á narrar las relaciones entre Goethe y Schiller, son de las más her-



MONASTERIO DE S. LORENZO DEL ESCORIAL

mosas del libro. El prelude de la evolución de la cultura alemana, es la relación entre Goethe y Schiller, quienes sostienen esa famosa correspondencia publicada después por Goethe, de la cual decía éste que era un don precioso para Alemania y casi para el mundo entero. La identificación completa de los dos genios de Alemania durante un período de once años, que empezó en 1796 y duró hasta la muerte de Schiller, termina con el juicio que formó Goethe de su consecuente amigo, acerca del cual escribe el señor González Serrano un notable capítulo.

No se amortigua en Goethe con los años la sed de saber que comenzó á devorar su espíritu en su juventud; procura alejarse sistemáticamente de todo lo que no sea la ciencia y el arte, y cuida de no tomar parte alguna en los acontecimientos políticos de que fué teatro Alemania á principios del siglo actual. Complácese en tener por amigos á sus contemporáneos más sabios, y confiesa con orgullo que jamás ha estado inactivo un solo instante.

Termina el Sr. González Serrano su notable libro con un estudio del *Fausto*, obra esta monumental, la de más proporciones del genio de Goethe, la que más que ninguna otra pone de manifiesto cómo el gran poeta iba transformándose por la incesante labor intelectual de toda su vida. *Fausto* es la humanidad, es el hombre siempre en abierta lucha consigo mismo.

Quien quiera conocer profundamente al glorioso autor de Wilhelm Mister, estudie el libro de que venimos hablando, cuya lectura proporciona al alma lo que Saint Beuve llamaba una fiesta del espíritu.

Es verdadera lástima, como apuntábamos al principio, que obras como esta, tan á conciencia desempeñadas por hombres de tanto valer como el Sr. González Serrano, no sean entre nosotros más frecuentes.

F. RODRÍGUEZ BESTEIRO.

Madrid, Julio del 92.

MARINA

Ya el astro rey con su melena de oro
opacamente la campiña baña,
y escuchando del campo el almo coro,
así esconde su luz tras la montaña.

Y al perderse á lo lejos
con la dulce penumbra
que le guarda la espalda,
va envolviendo á la tierra en sus reflejos
y débilmente alumbrando
del ancho mar el campo de esmeralda.

Ese mar que se mece con sus ruidos
en mil ríos perdidos,
que quiere adormecerse entre su bruma,
y trastorna del hombre los sentidos
con múltiples vajidos
que exhala desde el lecho de su espuma.

Ese mar proceloso
tan fiero como hermoso,
que al presentarnos su furor rugiente
en sus ondas de plata,
de lo infinito la verdad retrata,
siendo siempre sublime y prepotente.

Allá el cielo, aquí el mar que nos convida
en débil bote, á solas,
á gozar las bellezas de la vida,
y á encontrar esa calma presentida
en el grato murmullo de sus olas.

Ven, pues, porque contigo nada temo,
y ese mar que es tan dócil como un niño,
y es inmenso, como es nuestro cariño,
al son del débil remo,
y de Cupido presos,
surquemos presurosos
mezclando con sus ruidos misteriosos
el ruido que produzcan nuestros besos.

Ven, pues, amada mía,
crucemos la bahía,
y ya en el mar, en el supremo instante,
contemplemos del monstruo la grandeza
y bendigamos la obra del gigante
que al mar le dió poder, vida y belleza.

JAVIER LUCEÑO.

UN SOLDADO MÁS

L estampido del cañón y el eco de las descargas de fusilería llegaban hasta el molino; el aire alzaba del vallecillo inmediato nubes de humo que á medida que aumentaban las detonaciones iban siendo más espesas. Tan pronto como Juan oyó el primer disparo, metióse en el molino, y después de cerrar apresuradamente la puerta, fué á refugiarse en un rincón de la cocina; con el semblante contraído por el terror encontróle la molinera, que, al verle, dejó aparecer en sus labios una sonrisa de desprecio.

—Siempre lo mismo, le dijo, el valor te ha abandonado por completo.

—Soy molinero y no militar.
—Tampoco eran soldados los que hoy pelean por la independencia de la Patria, por arrojar de España al ejército francés que quiere hacer de nosotros nuevos siervos del cetro de su emperador, y sin embargo al oír el primer grito de guerra no vacilaron en empuñar un fusil corriendo á alistarse en los batallones formados por las juntas de defensa.

Por toda contestación, el cobarde cerró la ventana de la cocina, temiendo que pudiese entrar por ella algún proyectil.

—Pero, Juan, ¿es posible que en ti no quede ni un resto de amor á la Patria? Esa llanura donde nuestros hermanos derraman su sangre ha sido más de una vez centro de nuestras fiestas populares; en ella te conocí, en ella juré amarte, pero hoy siento que el cariño que te profesaba se trueca en desprecio.

—¡Qué dices!—repuso el molinero con ansiedad.
—Ya sabes que no acostumbro á mentir y no oculto mis sentimientos. Ayer fui al pueblo, y encontré á la pobre Carmen llorando la pérdida de su esposo, muerto en la batalla de Espinosa; dirigí á mi amiga frases de consuelo, y me respondió: —Tú no te quedarás viuda; tu esposo es de aquellos que les importa muy poco que los franceses sean dueños de nuestra Patria.

—Al oír estas frases, sentí que toda mi sangre se me agolpaba al rostro; no supe qué contestar, y me retiré avergonzada. ¡Ya sabes que cuando una mujer se avergüenza de su esposo!...

—Puedes decirme lo que quieras. No he nacido para ser soldado y no cogeré un fusil por nada del mundo.

En aquel momento, y apagados por el fragor de la fusilería, llegaron hasta el molino los ecos del clarín y del tambor.

Con el semblante encendido por la indignación, y con acento firme, la molinera añadió:

—Juan, nuestros hermanos se baten en retirada; los lanceros polacos están cargando sobre ellos; ¿serás tan cobarde que no acudas en su socorro?

Juan no contestó.
—Puesto que te olvidas de tu deber, yo ocuparé el puesto que te corresponde. Así, si vuelvo al pueblo no tendré por qué avergonzarme. Aun conservo el fusil de aquel soldado que, herido de muerte, recogimos en la puerta del molino. Recuerda cuáles fueron sus últimas palabras: «Muero contento, doy mi vida por la Patria; qué menos puedo hacer por ella.» Si alguna vez faltan hombres que defiendan la integridad de España, sobrarán mujeres que ocupen sus puestos.

—Adiós, y no te acuerdes más de mí. ¡Te desprecio por cobarde!

Juan amaba á su esposa con frenesí, y las despreciativas frases de ésta le hicieron perder el miedo; como impulsado por un resorte, se pone en pie exclamando con energía:

—Venga el fusil, seré un soldado más; pero si la suerte hace que muera en el campo de batalla, te suplico que no me olvides.

—¡Ve tranquilo, Dios te protegerá!

Quando Juan llegó al lugar de la lucha, los batallones españoles habían rechazado más de una vez á los lanceros polacos; los hijos de la nación esclava intentaron en vano romper el cuadro formado por los de la libre.

Seis horas duró la batalla; por ambas partes hicieron prodigios de valor, y al fin la victoria coronó el esfuerzo de las armas españolas. Juan se portó como un valiente, siendo por ello ascendido á oficial sobre el campo de batalla.

No sé qué tiene la Patria que hasta los cobardes no vacilan en defenderla.

M. CORRAL CABALLÉ.

CONTRA EL EGOÍSMO

Contempla la creación: es de los seres ley, por instinto ó por amor cumplida,
recibir juntamente y dar la vida;
¿y tú, pobre criatura, aislarte quieres?

Serás más hombre mientras más sintieres el común gozo ó la común herida;
si te apartas del árbol que te anida,
del aire y luz que te sustentan, mueres.

Tierra y cielo te envuelven. ¿No resuena la voz de tus destinos, hombre lento,
allá en tu soledad y noche oscura?

En nombre de tu patria el bronce truena;
y en tañidos undívagos el viento
lleva el clamor de tu ciudad futura.

MIGUEL ANTONIO CARO.

CENTENARIO DE COLÓN

CONFERENCIAS DEL ATENEO



A casa de contratación y el Consejo de Indias.—No por ser árido el asunto dejó de ser amena é interesante la conferencia que dió en el Ateneo el Sr. Danvila, ante un público escogido de señoras y socios, disertando acerca de la influencia é intervención que tuvieron en el descubrimiento de

América las casas de contratación y el Consejo de Indias.

Parece tocar ahora la vez á la rehabilitación de la figura del gran navegante, y el Sr. Danvila no desaprovechó la ocasión para exponer con frase elegante y con datos irrecusables la verdad de mucho de lo que la tradición ha conservado hasta aquí, leyendo, entre otros documentos, una carta de los Reyes Católicos, dirigida á Colón, después de su prisión por Bobadilla, en la que le daban toda clase de satisfacciones y confirmaban todos sus derechos.

Pasó después el conferenciante á pintar cómo empezó á desarrollarse el comercio en las islas descubiertas, cómo se inició y siguió la emigración al Nuevo Mundo y de uno y otra la necesidad de crear centros que fueran encauzando y regulando las contrataciones, sujetas en un principio á leyes tan morales como sabias. De aquí la creación de la casa de contratación ó casa Lonja de Sevilla, edificada en el Alcázar viejo, que siguió á las de Barcelona, Valencia, Bilbao, San Sebastián y otras; organismo que dió tan buenos resultados, que por consejo de los que la regían se solicitó la ampliación de ella, por llegar á ser Sevilla en aquella ocasión el centro y núcleo de todo el tráfico que con las Indias se hacía en aquella época.

Habló después el Sr. Danvila de la creación del Consejo de Indias, y haciendo historia de sus diversas vicisitudes y formas durante las dinastías de Austria y de Borbón, dió término á la conferencia, entre los aplausos del auditorio, con párrafos llenos de elocuente y brillante patriotismo.

La conferencia del ilustrado Sr. Torres Campos versó sobre el descubrimiento y colonización de la California, asunto que desenvolvió con mucho acierto y suma competencia.

Abrazó tan interesante estudio desde las primeras exploraciones intentadas por Hernán Cortés, hasta la nueva colonización inaugurada por los americanos después de la emancipación de Nueva España.

El orador trazó á grandes rasgos los diversos periodos de esta historia, haciendo notar el espíritu levantado con que marinos y misioneros españoles fueron realizando paso á paso, pero de un modo seguro, aquella empresa gigantesca que duró tres siglos.

Las figuras de fray Antonio de la Ascensión, del Almirante Porter, y sobre todo la del Padre jesuita Salvatierra, honrarán siempre la historia de España, tanto bajo el punto de vista de la inteligencia con que emprendieron la colonización de aquellas regiones, como bajo el del desinterés y la abnegación caballerisca ó religiosa con que la llevaron á cabo.

El Sr. Torres Campos, cuyo ánimo se halla exento de preocupaciones de secta, que no tiene preferencias de partido, en historia siempre repulsivas, terminó su bien escrita conferencia haciendo un curioso paralelo entre la conducta observada con los californios por los misioneros españoles y la unión americana, en que ésta, á pesar de su civilización, de su carácter religioso, de sus progresos en la instrucción pública, continúa hoy mismo su cruzada implacable contra las razas indígenas, por completo extinguidas en la California, sin haber conseguido extender la lengua inglesa á mayor número de indios que los que á fines del pasado siglo y principios del actual hablaban el castellano, enseñado por nuestros jesuitas y franciscanos, fundadores de las ciudades californianas de que hoy se enorgullece la gran República del Norte.

El Sr. Torres Campos fué muy felicitado y aplaudido.

«El pacificador del Perú» fué el tema que des-



UNA ESCENA DE LA EDAD MEDIA

envolvió en una notable conferencia el distinguido criminólogo y penalista D. Rafael Salillas.

El conferenciante, después de un brillante exordio en que se recomendó, innecesariamente por cierto, según pudo verse después, á la benevolencia del concurso, alegando lo modesto de sus precedentes de historiador, por haberse encaminado su vocación por los rumbos de la antropología y de la ciencia penal, acometió el desenvolvimiento del enunciado, haciendo en una gran síntesis la historia de la revolución del Perú durante el reinado de Carlos I.

Armonizando perfectamente la concreción con la claridad, expuso el Sr. Salillas como una iniciativa generosa del padre Las Casas, pero en cuya confirmación por el Consejo de Indias las concesiones al corazón no estuvieron contrapuestas por la inteligencia, el establecimiento de la protección á los indios, en merma de los intereses europeos; determinó la sublevación del Perú y estuvo á punto de arrancar á la corona de Castilla uno de sus más hermosos florones.

El orador explicó las fases que siguió la lucha entre la legalidad y los intereses, hasta que quedó sin apoyo alguno en aquellas regiones la autoridad real, y todas las fuerzas vivas al lado de Gonzalo Pizarro, que llegó hasta á preparar una embajada á Roma para colocar sobre sus sienes la corona del Perú.

En este momento histórico fué cuando desechando, muy acertadamente, el Consejo de Indias la propuesta del Duque de Alba, que pedía para someter el Perú una gran escuadra, un gran ejército y un gran general, determinó que lo que en aquellos dominios hacía falta era un hombre.

El Sr. Salillas demostró cumplidamente lo erróneo del dictamen de aquel gran capitán, que desconocía la diferencia entre una campaña europea y una campaña americana, y adujo datos curiosísimos en prueba de que el hambre, las enfermedades, los vientos y las aguas y las condiciones del suelo peruano hubieran determinado, de prosperar la opinión del Dupue, una de las más grandes catástrofes en la historia de nuestra dominación americana.

El acuerdo del Consejo salvó la situación. Hacía falta un hombre, y un hombre fué al Perú, y providencialmente sin duda, el único capaz de tamaña empresa.

Fué éste D. Pedro Lagasca.

El Sr. Salillas trazó en breves y elocuentes rasgos la silueta moral y física de Lagasca, é históricamente los hechos de aquel sacerdote austero que tan alto supo poner su nombre como jurista y como organizador de la defensa de las costas de Levante contra Barbarroja.

Estos prestigios le llevaron al desempeño de su gran misión pacificadora. Exigió amplios poderes para perdonar, otorgar cédulas de nuevos descubrimientos, derogar ordenanzas y demás disposiciones reales, etc., etc., y con estas facultades, sin sueldo ni autoridad prelacial, ni más arma que su breviario, partió aquel hombre extraordinario, que resulta, atendido el éxito de su misión, tan grande, si no más, que en Nueva-España Hernán Cortés.

Porque aquel sacerdote, solo, inerme, y á más físicamente raquítico y hasta deforme, sin más recursos que los de su inteligencia y la conciencia exacta del medio en que se había colocado, supo reducir á la bandera y obediencia del emperador la escuadra que Pizarro tenía en las costas de Panamá, y desde aquí, hinchando de cartas, como dice uno de sus biógrafos, el Perú, preparó de tal suerte las manifestaciones de la fuerza de la legalidad, que cuando después de una expedición por mar en que dió muestra gallarda de la grandeza de su espíritu arrojando sereno la más deshecha tempestad, llegó á Tumber, encontró realizada la reacción legal, y poco después, derrotado Pizarro y asegurada la paz, regresaba á España sin traer un grano de oro, ni un pedazo de plata, ni obtener merced alguna para sí ni para su familia.

Esta fué la obra de D. Pedro Lagasca, realizada exclusivamente por las energías de su carácter legal.

La figura del héroe resultó pintada de mano maestra.

El Sr. Salillas habló con la afluencia de siempre, y recibió al terminar gran copia de aplausos y felicitaciones.

El Sr. D. Eduardo de León y Ortiz disertó á su vez sobre los «Caminos posibles para descubrir América y causas de haber sido el más improbable el más rápido y fecundo.»

Hizo una larga y brillantísima descripción de las civilizaciones peruana y mejicana, detallando las riquezas y esplendores de ambos imperios, principalmente de sus cortes, con elocución galana y frases felicísimas.

Después estudió los antecedentes de Fernando el Católico, para decir que tuvo motivos de herencia para ser emprendedor, arrojado y astuto diplomático, como lo demostró buscando para atajar las ambiciones de otros pueblos en punto á la posesión de la América, la sanción de Alejandro de Borgia á las conquistas y descubrimiento de los españoles por medio de la famosa línea divisoria entre las posesiones de España y las de Portugal.

Hizo luego un interesante estudio de la figura de Colón, enderezando argumentos vigorosos á desvanecer la preocupación de los que se empeñan en considerarle más genovés que español, y terminó proponiendo la creación, con motivo del Centenario, de una cruz y de un Banco ó Montepío que lleven el nombre del héroe; la primera destinada á honrar á los que se consagren en grado eminente á la defensa, adelanto y prosperidad de los territorios que conservamos en Ultramar, y el segundo á garantizar la subsistencia decorosa de las viudas y huérfanos de los que mueran habiendo obtenido tan honrosa distinción.

El Sr. León y Ortiz arrancó al auditorio, durante el lapso de su discurso, frecuentes muestras de complacencia y aplausos nutridos al final.

El ilustrado profesor de San Carlos, Sr. Sanmartín, expuso ante numeroso público la influencia del descubrimiento de América en el desarrollo de las ciencias médicas. Profanos en estos estudios, no intentaremos extractar, por miedo de incurrir en lamentables errores de expresión y concepto, lo mucho y bueno que dijo durante la hora y media que ocupó la cátedra, tiempo que transcurrió para nosotros con la brevedad del relámpago, pues el Sr. Sanmartín tiene, como pocos, el don precioso de ser ameno, sin olvidar que es al mismo tiempo sabio y erudito.

Expuso con notable lucidez, en la primera parte, el estado de la ciencia médica en España; la creación por Fernando V de un hospital para enfermos de todas las creencias en Zaragoza, con facultad de hacer autopsia sobre los cadáveres; el establecimiento de la *Morberia* en Mallorca, y la creación de un hospital militar en el campamento de Santa Fe por la Reina Católica.

El descubrimiento del Nuevo Mundo trajo á la medicina nuevos elementos de estudio, tanto bajo el punto de vista de enfermedades hasta entonces desconocidas, ó por lo menos no estudiadas, como bajo el de la terapéutica.

Estudió con este motivo la terrible enfermedad denominada *serpentina* por ciertos médicos, salvando con arte exquisito el riesgo de ofender con peligrosos detalles los púdicos oídos del sexo femenino, representado en las tribunas por hermosas y egregias damas.

Si el siglo XVI fué el siglo de los anatómicos, lo fué el XVII de un descubrimiento soberano contra las fiebres, la *quina*, de que á mediados del mismo se empezaron á traer á Europa grandes cantidades, con el nombre en unas partes de *polvos de la condesa* (por la de Chinchón), y en otras de *polvos de los jesuitas*, sin que faltaran entonces fervientes defensores y furiosos adversarios del remedio.

Difícil seríanos seguir al erudito catedrático en su interesante excursión por el campo de la ciencia durante el siglo pasado y el presente. Trazó de mano maestra el cuadro de enfermedades tan terribles como la fiebre amarilla y el envenenamiento por el *curare*; mencionó algunas expediciones científicas emprendidas por España en el nuevo Continente, desde la de Hernández en el reinado de Felipe II hasta las de Ruiz Pavón, Jorge Juan y Ulloa, Humboldt durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, é indicó su importancia para la botánica y la medicina.

Los médicos tienen además otro título á la gratitud de la historia: un italiano y dos portugueses fueron corresponsales de Colón y notables cosmógrafos; un español, pobre médico de aldea, García Hernández, tan conocido por su intervención en los preparativos del descubrimiento, merece figurar de hecho y de derecho en las fiestas del Centenario, consagración, no tan sólo de la gloria de un grande hombre, sino también de la gloria de todas las clases que contribuyeron á aquel acontecimiento.

El orador dió término á su notabilísima conferencia con un elocuente llamamiento á los médicos sudamericanos, para que, inspirándose en las tradiciones del pasado, por modestas que éstas sean, y en las sublimes aspiraciones del porvenir, levanten el espíritu científico de su respectiva patria hasta colocarse á la altura de los pueblos más cultos y adelantados de la historia.

Nutridos y prolongados aplausos acogieron las últimas palabras del conferenciante.

Ante distinguidísimo concurso leyó el Sr. Sánchez Moguel, presidente de la Sección de ciencias históricas, la última de las conferencias dedicadas al estudio y vulgarización de las cuestiones colombinas y americanas.

No obstante lo avanzado de la estación, más de 300 socios ocupaban los rojos escaños de la cátedra, formando la plana mayor de aquéllos la mayoría de las personas que con sus luces y su autoridad han dado cima, con próspero suceso, á la ardua tarea emprendida por la docta casa, bajo la poderosa iniciativa del Sr. Sánchez Moguel, para solemnizar debidamente el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

En la tribuna de señoras, la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán—excepcional y justamente aludida por el disertante—presidió numerosa representación de su sexo.

Tratándose del Sr. Sánchez Moguel, parece que está de más el repetir que la limpidez y elegancia de la frase, á la par que la hermosa sonoridad de los períodos, henchidos todos ellos de la

alteza de miras propia de los espíritus levantados, fueron preciados quilates del valor artístico de la conferencia.

En el fondo de ésta, en sus líneas generales y en su sentido capital, sentido de concordia entre los pueblos peninsulares y los hispano-americanos, notábase veheméntísima inspiración en los severos dictados de la justicia, especialmente al depurar la leyenda de Colón y la leyenda de los Pinzones, trabajo éste en que el público siguió anhelosamente la palabra del conferenciante, ávido como se hallaba de que á cada cual se le diera lo suyo.

El ambiente de aventuras y empresas marítimas de los puertos andaluces, singularmente el de Sevilla, en los que nacieron y prosperaron tantos viajes al Atlántico y al África que pueden considerarse como preparatorios del de Colón; las tradicionales relaciones de los marinos genoveses con la corona de Castilla; la positiva y favorable intervención de D. Fernando en el descubrimiento; el hecho de que el primer viaje fué una obra de las simpatías con que en aquella época era recibido todo proyecto arriesgado, hecho probado con las diversas procedencias de los individuos de la tripulación, puntos fueron que alcanzaron el relieve de la verdad en la pluma del Sr. Sánchez Moguel.

Pero donde brilló singularísimamente la crítica del disertante fué en la apreciación exacta que hizo del papel, importante sin duda, de los Pinzones.

El Sr. Moguel demostró que Martín Pinzón ni facilitó las naves á Colón, ni fueron obras exclusivamente suyas el reclutamiento de la marinería y el alistamiento de las carabelas.

El trabajo del conferenciante se publicará oportunamente, y entonces todos los que lo lean unirán sus aplausos á los nutridos que resonaron anoche en el Ateneo y á la entusiasta enhorabuena que nosotros prodigamos á su ilustre autor por la justicia y la verdad de sus juicios.

MALATESTA.

AMORCITOS

Yo sé, Lucía, que el amor ardiente que en todas tus misivas se refleja, tanto te ocupa ya, que no te deja que vegetes con él tranquilamente.

Condenada á vivir eternamente tras de la celosía ó de la reja de aquel convento, tu razón se aleja en busca de otro cielo y otro ambiente.

También sé que el amor que en ti palpita es puro, como el mío, y tan inmenso que grandes expansiones necesita.

Y, en cambio, mi pasión por ti es tan loca que cuando en todos tus encantos pienso... ¡se me escapan los besos de la boca!

JOSÉ JUAN CADENAS.

17 Julio 1892.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Inocencia.—¡Hermosa cabeza de estudio en la que un pintor alemán ha trasladado á maravilla la expresión tierna y candorosa de una muchacha, símbolo de la inocencia!

En su mano derecha tiene una blanca paloma que levanta hasta su hombro en actitud de hacerla una caricia.

¡Dichosa edad en la que únicamente se piensa y sueña con pájaros y con flores!

¡Felices días de fe y de inocencia en los que todo sonríe y la naturaleza parece un paraíso habitado por ángeles y querubines!

Monasterio de San Lorenzo del Escorial.—Este grandioso edificio, llamado y con razón la octava maravilla del mundo, fué erigido por Felipe II para perpetuar la memoria del triunfo que alcanzaron las armas españolas sobre los franceses en la batalla de San Quintín, y también con objeto de cumplir los deseos de su padre Carlos V, que dejó encomendado á su hijo construyera un sepulcro para sus restos y los de su esposa la emperatriz Isabel.

Dedicóle Felipe II á San Lorenzo, por ser el día de este santo cuando se alcanzó la mencionada victoria; concurren á su construcción los arquitectos Juan B. de Toledo, Juan de Herrera y Fray Antonio de Villacastín; la primera piedra se colocó el 23 de Abril de 1563, y duró la edificación de la fábrica principal veintidós años.

La planta del edificio forma un paralelogramo rectangular de 744 pies por 580; todo el edificio, incluso sus nueve torres es de piedra berroqueña ó granito, y revestido en su parte superior de pizarra ó planchas de plomo; su estilo arquitectónico es greco romano, y con preferencia el orden dórico.

La figura del conjunto es la de unas parrillas, en conme-



LA PRIMERA CARTA

moración del martirio de San Lorenzo; la habitación real forma el mango de las parrillas, y las cuatro torres de las esquinas figuran los pies.

El célebre panteón ó enterramiento de los reyes de España está situado debajo del altar mayor, habiéndose construido durante los reinados de Felipe III y Felipe IV; el hijo del emperador Carlos V se limitó á hacer una bóveda de piedra, mezquina, desnuda y sin luz alguna.

El Monasterio de San Lorenzo del Escorial, como ha dicho un hombre de Estado, es la personificación de un pueblo, la identificación de un siglo y la apoteosis de un gran hombre digno de una gran nación.

Una escena de la Edad Media.—Lugar de la acción: Toledo.

Personajes: Un trovador, una dama y un amante desdeñado, celoso y vengativo.

Argumento: Ha pasado la media noche; *el trovador*, acompañándose de su instrumento de cuerda, modula á media voz una canción amorosa á «la señora de sus pensamientos»; de allí á poco la ventana se abre, un perfumado billete cae al suelo y le recoge el trovador estampando en la misiva un largo y apasionado ósculo. *El amante desairado*, que oculto en las sombras de la calle inmediata lo ha presenciado todo oprimiendo la desnuda tizona con la crispada diestra, avanza palpitante de ira y de despecho, é increpando al *trovador* concluye diciéndole que va á arrancarle aquel billete con la vida; salen á relucir los aceros, se cruzan, chocan, y, tras un largo espacio de ansiedad, un hombre cae mortalmente herido á tierra al propio tiempo que un grito de horror sale de la ventana donde se ocultaba la misteriosa dama.

Telón rápido.

La primera carta.—Esa hija del pueblo, que lee á tropezones y escribe sin ortografía ni sintaxis, ha conocido al salir del obrador á un guapo chico que usa sombrero ancho, pan-

talón estrecho, americana ceñida y el pelo muy repeinado sobre la oreja.

El mozo que, aunque muy echado *fa lante*, es muy tímido con las doncellas, ha dirigido á la muchacha una larga epístola declarándola su atrevido pensamiento; y ella, deseosa de darle el suspirado sí, ha recurrido á una de esas novelas lloronas y sensibles para transcribir al pie de la letra unas cuantas frases de las que más efecto la produjeron cuando deletreó sus páginas.

Con el pensamiento fijo en el novio, se ha olvidado de que la jaula del pájaro estaba abierta, y el alado animal abandona su cárcel y corre y salta sobre el libro y el papel, manchándose de tinta las patas, y emborronando con ellas aquellas palabras de amor que la muchacha no acaba nunca de escribir.

¡Qué mucho que así suceda si la doncella tiene la cabeza á pájaros!

ADVERTENCIAS

A nuestros abonados.—A consecuencia de los excesivos calores de estos últimos días, los clichés que teníamos preparados para la estampación de las fototipias han sufrido desperfectos de gran consideración que nos obligan á rehacerlos de nuevo y por otros procedimientos que los conserve invulnerables á mayores temperaturas.

En tanto que obtenemos estos resultados, y con objeto de que nuestros suscriptores no reciban el periódico con tanto retraso, daremos algunos números de grabados, continuando después en la misma forma que lo hemos hecho hasta aquí.

Ponemos en conocimiento de los señores anunciantes de esta REVISTA, que el Sr. D. Francisco de Paula Alderete ha cesado en absoluto

como comisionado de esta Casa, y no se atenderán las reclamaciones que vengan en su nombre.

Habiéndose agotado los ejemplares de los primeros números de esta Revista, y siendo muchos los pedidos de colecciones que hasta el presente se nos han hecho, la empresa de esta publicación ha decidido hacer una nueva tirada de los números agotados, para poder servir las suscripciones que por esta causa se encuentran paralizadas.—Suplicamos á los señores Corresponsales tengan la bondad de hacerlo saber así á sus favorecedores, y tan pronto como dichos números estén reimpresos, lo pondremos en su conocimiento para que puedan atender y dar cumplimiento á los pedidos que se les hacen.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

Los suscriptores que deseen recibir el periódico dentro de un cilindro de cartón, para que no sufran menoscabo alguno las hermosas fototipias que damos, abonarán un suplemento de 1,50 pesetas por trimestre.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TÓNICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARIA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amera, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.

Violette

PERFUMERIA

Alcalá 45, Madrid

El dueño de este nuevo Establecimiento, en vista de que cada día se ve más favorecido por su distinguida clientela, tiene el gusto de recomendar á la misma los célebres polvos **Overturner de John Black**, de New-York. Precio de las cajas, 10 y 15 pesetas.

UNICO DEPÓSITO PARA ESPAÑA

ALCALÁ, 45, MADRID

Se remiten pedidos a provincias.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE F. LAURENT

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS

Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

En
publicación.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

Ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-crimeal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados jurisperitos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De **El Firmamento**, calendario zaragozano por D. Mariano Castillo y Ocsiero, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y tercera, de las que vendemos un millón y doscientos setenta mil ejemplares.

De los que se titulan **Americanos ó de pared**, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanques, por ser en originales del celebrado D. Mariano Castillo y Ocsiero y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veuillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frias.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes. El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de Antiguos oficiales de Prats, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.

Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro.—Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.